

William Shakespeare

El mercader de Venecia



E LEJANDRIA

WILLIAM SHAKESPEARE

EL MERCADER DE VENECIA

TRADUCCIÓN DE

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

BARCELONA

**Libro descargado en www.elelandria.com, tu sitio web de obras de
dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

1881

EL MERCADER DE VENECIA

PERSONAS DEL DRAMA

EL DUX

EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS

Pretendientes de Porcia

EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN

Pretendientes de Porcia

ANTONIO, mercader de Venecia

BASANIO, su amigo SALANIO,

Amigos de Antonio

SALARINO, Amigos de Antonio

GRACIANO, Amigos de Antonio

SALERIO, Amigos de Antonio

LORENZO, amante de Jéssica

SYLOCK, judío

TÚBAL, otro judío, amigo suyo

LANZAROTE GOBBO, criado de Sylock

EL VIEJO GOBBO, padre de Lanzarote

LEONARDO, criado de Basanio

BALTASAR, Criados de Porcia

ESTÉFANO, Criados de Porcia

PORCIA, rica heredera

NERISSA, doncella de Porcia

JÉSSICA, hija de Sylock, S

ENADORES de Venecia,

OFICIALES del Tribunal de Justicia,

CARCELEROS, CRIADOS Y otros. .

La escena es parte en Venecia, parte en Belmonte, quinta de Portia, en el continente

ACTO I

ESCENA PRIMERA

Venecia. Una calle.

ANTONIO, SALARINO Y SALANIO

ANTONIO

No entiendo la causa de mi tristeza. A vosotros y a mí igualmente nos

fatiga, pero no sé cuándo ni dónde ni de qué manera la adquirí, ni de qué origen mana. Tanto se ha apoderado de mis sentidos la tristeza, que ni aun acierto a conocerme a mí mismo.

SALARINO

Tu mente vuela sobre el Océano, donde tus naves, con las velas hinchadas, cual señoras o ricas ciudadanas de las olas, dominan a los pequeños traficantes, que cortésmente les saludan cuando las encuentran en su rápida marcha.

SALANIO

Créeme, señor; si yo tuviese confiada tanta parte de mi fortuna al mar, nunca se alejaría de él mi pensamiento. Pasaría las horas en arrancar el césped, para conocer de dónde sopla el viento; buscaría continuamente en el mapa los puertos, Al soplar en el caldo, sentiría dolores de fiebre intermitente, pensando que el soplo del viento puede embestir mi bajel. Cuando viera bajar la arena en el reloj, pensaría en los bancos de arena en que mi nave puede encallarse desde el tope a la quilla, como besando su propia sepultura. Al ir a misa, los arcos de la iglesia me harían pensar en los escollos donde puede dar de través mi pobre barco, y perderse todo su cargamento, sirviendo las especias orientales para endulzar las olas, y mis sedas para engalanarlas. Creería que en un momento iba a desvanecerse mi fortuna.

Sólo el pensamiento de que esto pudiera suceder me pone triste. ¿No ha de estarlo Antonio?

ANTONIO

No, porque gracias a Dios no va en esa nave toda mi fortuna, ni depende mi esperanza de un solo puerto, ni mi hacienda de la fortuna de este año.

No nace del peligro de mis mercaderías mi cuidado.

SALANIO

Luego, estás enamorado.

ANTONIO

Calla, calla.

SALANIO

¡Conque tampoco estás enamorado! Entonces diré que estás triste por-

que no estás alegre, y lo mismo podías dar un brinco, y decir que estabas alegre porque no estabas triste. Os juro por Jano el de dos caras, amigos míos, que nuestra madre común la Naturaleza se divirtió en formar seres

extravagantes. Hay hombres que al oír una estridente gaita, cierran estúpidamente los ojos y sueltan la carcajada, y hay otros que se están tan graves y serios como niños, aunque les digas los más graciosos chistes.

(Salen Basanio, Lorenzo y Graciano)

SALANIO

Aquí vienen tu pariente Basanio, Graciano y Lorenzo. Bien venidos.

Ellos te harán buena compañía.

SALARINO

No me iría hasta verte desenojado, pero ya que tan nobles amigos vienen, con ellos te dejo.

ANTONIO

Mucho os amo, creedlo. Cuando os vais, será porque os llama algún negocio grave, y aprovecháis este pretexto para separaros de mí.

SALARINO

Adiós, amigos míos.

BASANIO

Señores, ¿cuándo estaréis de buen humor? Os estáis volviendo agrios e indigestos. ¿Y por qué?

SALARINO

Adiós: pronto quedaremos desocupados para servirlos.

(Vanse SALARINO y SALANIO) LORENZO

Señor Basanio, te dejamos con Antonio. No olvides, a la hora de comer, ir al sitio convenido.

BASANIO

Sin falta.

GRACIANO

Mala cara pones, Antonio. Mucho te apenan los cuidados del mundo.

Caros te saldrán sus placeres, o no los gozarás nunca. Noto en ti cierto cambio desagradable.

ANTONIO

Graciano, el mundo me parece lo que es: un teatro, en que cada uno hace su papel. El mío es bien triste.

GRACIANO

El mío será el de gracioso. La risa y el placer disimularán las arrugas de mi cara. Abráseme el vino las entrañas, antes que el dolor y el llanto me hielen el

corazón. ¿Por qué un hombre, que tiene sangre en las venas, ha de ser como una estatua de su abuelo en mármol? ¿Por qué dormir despiertos, y enfermar de capricho? Antonio, soy amigo tuyo. Escúchame. Te hablo

como se habla a un amigo. Hombres hay en el mundo tan tétricos que sus rostros están siempre, como el agua del pantano, cubiertos de espuma blanca, y quieren con la gravedad y el silencio adquirir fama de doctos y prudentes, como quien dice: «Soy un oráculo. ¿Qué perro se atreverá a ladrar, cuando yo hablo?» Así conozco a muchos, Antonio, que tienen reputación de sabios por lo que se callan, y de seguro que si despegasen los labios, los mismos que hoy los ensalzan serían los primeros en llamarlos necios. Otra vez te diré más sobre este asunto. No te empeñes en conquistar por tan triste manera la fama que logran muchos tontos. Vámonos, Lorenzo. Adiós. Después de comer, acabaré el sermón.

LORENZO

En la mesa nos veremos. Me toca el papel de sabio mudo, ya que Graciano no me deja hablar.

GRACIANO

Si sigues un año más conmigo, desconocerás hasta el eco de tu voz.

ANTONIO

Me haré charlatán, por complacerte.

GRACIANO

Harás bien. El silencio sólo es oportuno en lenguas en conserva, o en boca de una doncella casta e indomable.

(Vanse Graciano y Lorenzo) Antonio

¡Vaya una locura!

BASANIO

No hay en toda Venecia quien hable más disparatadamente que Graciano. Apenas hay en toda su conversación dos granos de trigo entre dos fanegas de paja: menester es trabajar un día entero para hallarlos, y aun después no compensan el trabajo de buscarlos.

ANTONIO

Dime ahora, ¿quién es la dama, a cuyo altar juraste ir en devota peregrinación, y de quien has ofrecido hablarme?

BASANIO

Antonio, bien sabes de qué manera he malbaratado mi hacienda en alardes de lujo no proporcionados a mis escasas fuerzas. No me lamento de la pérdida de esas comodidades. Mi empeño es sólo salir con honra de los compromisos en que me ha puesto mi vida. Tú, Antonio, eres mi principal acreedor en dineros y en amistad, y pues que tan de veras nos queremos, voy a decirte mi plan para librarme de deudas.

ANTONIO

Dímelo, Basanio: te lo suplico; y si tus propósitos fueran buenos y honrados, como de fijo lo serán, siendo tuyos, pronto estoy a sacrificar por ti mi hacienda, mi persona y cuanto valgo.

BASANIO

Cuando yo era muchacho, y perdía el rastro de una flecha, para encontrarla disparaba otra en igual dirección, y solía, aventurando las dos, lograr entrambas. Pueril es el ejemplo, pero lo traigo para muestra de lo candoroso de mi intención. Te debo mucho, y quizá lo hayas perdido sin remisión; pero puede que si disparas con el mismo rumbo otra flecha, acierte yo las dos, o lo menos pueda devolverte la segunda, agradeciéndote siempre el favor primero.

ANTONIO

Basanio, me conoces y es perder el tiempo traer ejemplos, para convenirme de lo que ya estoy persuadido. Todavía me desagradan más tus dudas sobre lo sincero de mi amistad, que si perdieras y malgastaras toda mi hacienda. Dime en que puedo servirte y lo haré con todas veras.

BASANIO

En Belmonte hay una rica heredera. Es hermosísima, y además un portento de virtud. Sus ojos me han hablado, más de una vez, de amor. Se llama Porcia, y en nada es inferior a la hija de Catón, esposa de Bruto. Todo el mundo conoce lo mucho que vale, y vienen de apartadas orillas a pretender su mano. Los rizos, que cual áureo vellocino penden de su sien, hacen de la quinta de Belmonte un nuevo Colcos ambicionado por muchos Jasones.

¡Oh, Antonio mío! Si yo tuviera medios para rivalizar con cualquiera de ellos, tengo el presentimiento de que había de salir victorioso.

ANTONIO

Ya sabes que tengo toda mi riqueza en el mar, y que hoy no puedo darte una gran suma. Con todo eso, recorre las casas de comercio de Venecia;

empeña tú mi crédito hasta donde alcance. Todo lo aventuraré por ti: no habrá piedra que yo no mueva, para que puedas ir a la quinta de tu amada. Ve, infórmate de dónde hay dinero. Yo haré lo mismo y sin tardar. Malo será que por amistad o por fianza no logremos algo.

ESCENA II

Belmonte. Gabinete en la quinta de Porcia

PORCIA Y NERISSA

NERISSA

Eso fuera, señora, si tus desgracias fueran tantas y tan prolijas como tus dichas. No obstante, tanto se padece por exceso de goces como por defecto. No es poca dicha atinar con el justo medio. Lo superfluo cría muy pronto canas. Por el contrario la moderación es fuente de larga vida.

PORCIA

Sanos consejos, y muy bien expresados.

NERISSA

Mejores fueran, si alguien los siguiese.

PORCIA

Si fuera tan fácil hacer lo que se debe, como conocerlo, las ermitas serian catedrales, y palacios las cabañas. El mejor predicador es el que, no contento con decantar la virtud, la practica. Mejor podría yo enseñársela a veinte personas, que ser yo una de las veinte y ponerla en ejecución. Bien inventa el cerebro leyes para refrenar la sangre, pero el calor de la juventud salta por las redes que le tiende la prudencia, fatigosa anciana. Pero si

discurso de esta manera, nunca llegaré a casarme. Ni podré elegir a quien me guste ni rechazar a quien me enoje: tanto me sujeta la voluntad de mi difunto padre.

NERISSA

Tu padre era un santo, y los santos suelen acertar, como inspirados, en sus postreras voluntades. Puedes creer que sólo quien merezca tu amor acertará ese juego de las tres cajas de oro, plata y plomo, que él imaginó, para que obtuviese tu mano el que diera con el secreto. Pero, dime, ¿no te empalagan todos esos príncipes que aspiran a tu mano?

PORCIA

Vete nombrándolos, yo los juzgaré. Por mi juicio podrás conocer el cariño que les tengo.

NERISSA

Primero, el príncipe napolitano.

PORCIA

No hace más que hablar de su caballo, y cifra todo su orgullo en saber herrarlo por su mano. ¿Quién sabe si su madre se encapricharía de algún herrador?

NERISSA

Luego viene el conde Palatino.

PORCIA

Que está siempre frunciendo el ceño, como quien dice: «Si no me quie-

res, busca otro mejor». No hay chiste que baste a distraerle. Mucho me

temo que quien tan femenilmente triste se muestra en su juventud, llegue a la vejez convertido en filósofo melancólico. Mejor me casaría con una calavera que con ninguno de esos. ¡Dios me libre!

PORCIA

Será hombre, pero sólo porque es criatura de Dios. Malo es burlarse del

prójimo, pero de éste. . Su caballo es mejor que el del napolitano, y su ceño todavía más arrugado que el del Palatino. Junta los defectos de uno y otro, y a todo esto añade un cuerpo que no es de hombre. Salta en oyendo cantar un mirlo, y se pelea hasta con su sombra. Casarse con él, sería casarse con veinte maridos. Le perdonaría si me aborreciese, pero nunca podría

yo amarle.

NERISSA

¿Y Falconbridge, el joven barón inglés?

PORCIA

Nunca hablo con él, porque no nos entendemos. Ignora el latín, el fran-

cés y el italiano. Yo, puedes jurar que no sé una palabra de inglés. No tiene mala figura, pero ¿quién ha de hablar con una estatua? ¡Y qué traje más extravagante el suyo! Ropilla de Italia, calzas de Francia, gorra de Alemania, y modales de todos lados.

NERISSA

¿Y su vecino, el lord escocés?

PORCIA

Buen vecino. Tomó una bofetada del inglés, y juró devolvérsela. El fran-

cés dio fianza con otro bofetón.

NERISSA

¿Y el joven alemán, sobrino del duque de Sajonia?

PORCIA

Mal cuando está en ayunas, y peor después de la borrachera. Antes parece menos que hombre, y después más que bestia. Lo que es con ése, no cuento.

NERISSA

Si él fuera quien acertase el secreto de la caja, tendrías que casarte con él, por cumplir la voluntad de tu padre.

PORCIA

Lo evitarás, metiendo en la otra caja una copa de vino del Rin; no dudes que, andando el demonio en ello, la preferirá. Cualquiera cosa, Nerissa, antes que casarme con esa esponja.

NERISSA

Señora, paréceme que no tienes que temer a ninguno de esos encantadores. Todos ellos me han dicho que se vuelven a sus casas, y no piensan importunarte más con sus galanterías, si no hay otro medio de conquistar tu mano que el de la cajita dispuesta por tu padre.

PORCIA

Aunque viviera yo más años que la Sibila, me moriría tan virgen como

Diana, antes que faltar al testamento de mi padre. En cuanto a esos amantes, me alegro de su buena resolución, porque no hay entre ellos uno solo cuya presencia me sea agradable. Dios les depare buen viaje.

¿Te acuerdas, señora, de un veneciano docto en letras y armas que, vi-
viendo tu padre, vino aquí con el marqués de Montferrato?

PORCIA

Sí. Pienso que se llamaba Basanio.

NERISSA

Es verdad. Y de cuantos hombres he visto, no recuerdo ninguno tan di-
gno del amor de una dama como Basanio.

PORCIA

Mucho me acuerdo de él, y de que merecía bien tus elogios. (Sale un
criado.) ¿Qué hay de nuevo?

EL CRIADO

Los cuatro pretendientes vienen a despedirse de vos, señora, y un correo
anuncia la llegada del príncipe de Marruecos que viene esta noche.

PORCIA

¡Ojalá pudiera dar la bienvenida al nuevo, con el mismo gusto con que
despido a los otros! Pero si tiene el gesto de un demonio, aunque tenga el
carácter de un ángel, más quisiera confesarme que casar con él. Ven
conmigo, Nerissa. Y tú, delante (al criado). Apenas hemos cerrado la puerta a
un amante, cuando otro llama.

ESCENA III

Plaza de Venecia

BASANIO Y SYLOCK

SYLOCK

Tres mil ducados. Está bien.

BASANIO

Sí, por tres meses.

SYLOCK

Bien, por tres meses.

BASANIO

Fiador Antonio.

SYLOCK

Antonio fiador. Está bien.

BASANIO

Tres mil ducados por tres meses: fiador Antonio.

BASANIO

¿Y qué decís a eso?

SYLOCK

Antonio es hombre honrado.

BASANIO

¿Y qué motivos tienes para dudarlo?

SYLOCK

No, no; motivo ninguno; quiero decir que es buen pagador, pero tiene

muy en peligro su caudal. Un barco para Trípoli, otro para las Indias. Ahora me acaban de decir en el puente de Rialto, que prepara un navío para

Méjico y otro para Inglaterra. Así tiene sus negocios y capital esparcidos por el mundo. Pero, al fin, los barcos son tablas y los marineros hombres.

Hay ratas de tierra y ratas de mar, ladrones y corsarios, y además vientos, olas y bajíos. Pero repito que es buen pagador. Tres mil ducados. . creo que aceptaré la fianza.

BASANIO

Puedes aceptarla con toda seguridad.

SYLOCK

¿Por qué? Lo pensaré bien. ¿Podré hablar con él mismo?

BASANIO

Vente a comer con nosotros.

SYLOCK

No, para no llenarme de tocino. Nunca comeré en casa donde vuestro profeta, el Nazareno, haya introducido sus diabólicos sortilegios. Compraré vuestros géneros: me pasearé con vosotros; pero comer, beber y orar. . ni por pienso. ¿Qué se dice en Rialto? ¿Quién es éste?

(Sale Antonio)

BASANIO

El señor Antonio.

SYLOCK

(Aparte.) Tiene aire de publicano. Le aborrezco porque es cristiano, y

además por el necio alarde que hace de prestar dinero sin interés, con lo cual está arruinando la usura en Venecia. Si alguna vez cae en mis manos, yo saciaré en él todos mis odios. Sé que es grande enemigo de nuestra santa nación, y en las reuniones de los mercaderes me llena de insultos, llamando vil usura a mis honrados tratos. ¡Por vida de mi tribu, que no le he de perdonar!

¿Oyes, Sylock?

SYLOCK

Pensaba en el dinero que me queda, y ahora caigo en que no puedo reunir de pronto los tres mil ducados. Pemetl ea amenu

ninguna gana de bullicios. Iré, con todo eso, al convite. Tú delante para anunciarme.

LANZAROTE

Así lo haré. (Aparte a Jéssica). Dulce señora mía, no dejes de asomarte a la ventana, pues pasará un cristiano que bien te merece.

SYLOCK

¿Qué dirá entre dientes ese malvado descendiente de Agar?

JÉSSICA

No dijo más que adiós.

SYLOCK

En el fondo no es malo, pero es perezoso y comilón, y duerme de día más que un gato montés. No quiero zánganos en mi colmena. Por eso me alegro de que se vaya, y busque otro amo, a quien ayude a gastar en pocos días su improvisada fortuna. Ve dentro, hija mía. Quizá pueda yo volver pronto. No olvides lo que te he mandado. Cierra puertas y ventanas, que nunca está más segura la joya que cuando bien se guarda: máxima que no debe olvidar ningún

(Vase)

JÉSSICA

Mala ha de ser del todo mi fortuna para que pronto no nos encontremos yo sin padre y tú sin hija.

(Se va)

ESCENA VI

GRACIANO Y SALARINO, de máscara

GRACIANO

A la sombra de esta pared nos ha de encontrar Lorenzo.

SALARINO

Ya es la hora de la cita. Mucho me admira que tarde.

GRACIANO

Sí, porque el alma enamorada cuenta las horas con más presteza que el reloj.

SALARINO

Las palomas de Venus vuelan con ligereza diez veces mayor cuando van a jurar un nuevo amor, que cuando acuden mantener la fe jurada.

GRACIANO

Necesario es que así suceda. Nadie se levanta de la mesa del festín con el mismo apetito que cuando se sentó a ella. ¿Qué caballo muestra al fin de la rápida carrera el mismo vigor que al principio? Así son todas las cosas.

Más placer se encuentra en el primer instante de la dicha que después. La nave es en todo semejante al hijo pródigo. Sale altanera del puerto nativo, coronada de alegres banderolas, acariciada por los vientos, y luego torna con el casco roto y las velas hechas pedazos, empobrecida y arruinada por el vendaval.

(Sale Lorenzo)

SALARINO

Dejemos esta conversación. Aquí viene Lorenzo.

LORENZO

Amigos: perdón, si os he hecho esperar tanto. No me echéis la culpa: echádsela a mis bodas. Cuando para lograr esposa, tengáis que hacer el papal de ladrones, yo os prometo igual ayuda. Venid: aquí vive mi suegro Sylock.

(Llama)

(Jéssica disfrazada de paje asoma a la ventana)

JÉSSICA

Amor mío, soy Lorenzo, y tu fiel amante.

JÉSSICA

El corazón me dice que eres mi amante Lorenzo. Dime, Lorenzo, ¿y hay alguno, fuera de ti, que sospeche nuestros amores?

LORENZO

Testigos son el cielo y tu mismo amor.

JÉSSICA

Pues mira: toma esta caja, que es preciosa. Bendito sea el oscuro velo de la noche que no te permite verme, porque tengo vergüenza del disfraz con que oculto mi sexo. Pero al amor le pintan ciego, y por eso los amantes no ven las mil locuras a que se arrojan. Si no, el amor mismo se avergonzaría de verme

trocada de tierna doncella en arriscado paje.

LORENZO

Baja: tienes que ser mi paje de antorcha.

JÉSSICA

¿Y he de descubrir yo misma, por mi mano, mi propia liviandad y ligereza, precisamente cuando me importa más ocultarme?

LORENZO

Bien oculta estarás bajo el disfraz de gallardo paje. Ven pronto, la noche vuela, y nos espera Basanio en su mesa.

JÉSSICA

Cerraré las puertas y recogeré más oro. Pronto estaré contigo.

(Vase)

GRACIANO

¡A fe mía que es gentil, y no judía!

LORENZO

¡Maldito sea yo si no la amo! Porque mucho me equivoco, o es discreta, y además es bella, que en esto no me engañan los ojos, y es fiel y me ha dado mil pruebas de constancia. La amaré eternamente por hermosa, discreta y fiel. (Sale Jéssica). Al fin viniste. En marcha, compañeros. Ya nos esperan nuestros amigos.

(Vanse todos menos Graciano)

(Sale Antonio)

GRACIANO

¡Señor Antonio!

ANTONIO

¿Solo estáis, Graciano? ¿Y los demás? Ya han dada las nueve, y todo el mundo espera. No habrá máscaras esta noche. El viento se ha levantado ya, y puede embarcarse Basanio. Más de veinte recados os he enviado.

GRACIANO

¿Qué me decís? ¡Oh felicidad! ¡Buen viento! Ya siento ganas de verme embarcado.

ESCENA VII

Quinta de Porcia en Belmonte

PORCIA Y EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS

PORCIA

Descorred las cortinas, y enseñad al príncipe los cofres; él elegirá.

EL PRÍNCIPE

El primero es de oro, y en él hay estas palabras: «Quien me elija, ganará lo que muchos desean». El segundo es de plata, y en él se lee: «Quien me elija, cumplirá sus anhelos». El tercero es de vil plomo, y en él hay esta sentencia tan dura como el metal: «Quien me elija, tendrá que arriesgarlo todo». ¿Cómo haré para no equivocarme en la elección?

PORCIA

En uno de los cofres está mi retrato. Si lo encontráis, soy vuestra.

EL PRÍNCIPE

Algún dios me iluminará. Volvamos a leer con atención los letreros.

¿Qué dice el plomo? «Todo tendrá que darlo y arriesgarlo el que me elija».

¡Tendrá que darlo todo! ¿Y por qué? . . . ¿Aventurarlo todo por plomo? Deslucido premio en verdad. Para aventurarlo todo, hay que tener esperanza de alguna dicha muy grande, porque a un alma noble no la seduce el brillo de un vil metal. En suma, no doy ni aventuro nada por el plomo. ¿Qué dice

la plata del blanco cofrecillo? «Quien me elija logrará lo que merece. . .». Lo que merece. . . Despacio, príncipe: pensémoslo bien. Si atiendo a mi conciencia, yo me estimo en mucho. No es pequeño mi valor, aunque quizá

lo sea para aspirar a tan excelsa dama. De otra parte, sería poquedad de ánimo dudar de lo que realmente valgo. . . ¿Qué merezco yo? Sin duda esta

hermosa dama. Para eso soy de noble nacimiento y grandes dotes de alma

y cuerpo, de fortuna, valor y linaje; y sobre todo la merezco porque la amo entrañablemente. Sigo en mis dudas. ¿Continuaré la elección o me pararé

aquí? Voy a leer segunda vez el rótulo de la caja de oro: «Quien me elija logrará lo que muchos desean». Es claro: la posesión de esta dama; todo

el mundo la desea, y de los cuatro términos del mundo vienen a postrarse ante el ara en que se venera su imagen. Los desiertos de Hircania, los arenales de Libia se ven trocados hoy en animados caminos, por donde acu-

den innumerables príncipes a ver a Porcia. No bastan a detenerlos playas

apartadas, ni el salobre reino de las ondas que lanzan su espuma contra el cielo. Corren el mar, como si fuera un arroyo, sólo por el ansia de ver a

Porcia. Una de estas cajas encierra su imagen, pero ¿cuál? ¿Estará en la de plomo? Necedad sería pensar que tan vil metal fuese sepulcro de tanto tesoro.

¿Estará en la plata que vale diez veces menos que el oro? Bajo pensamiento sería. Sólo en oro puede engastarse joya de tanto precio. En Inglaterra corre una moneda de oro, con un ángel grabado en el anverso. Allí está sólo grabado, mientras que aquí es el ángel mismo quien yace en tálamo de oro.

Venga la llave: mi elección está hecha, sea cual fuere el resultado.

Tomad la llave, y si en esa caja está mi retrato, seré vuestra esposa.

EL PRÍNCIPE (abriendo el cofre)

¡Por vida del demonio! sólo encuentro una calavera, y en el hueco de

sus ojos este papel: «No es oro todo lo que reluce así dice el refrán anti-guo: tú verás si con razón. ¡A cuántos ha engañado en la vida una vana

exterioridad! En dorado sepulcro habitan los gusanos. Si hubieras tenido tanta discreción y buen juicio como valor y osadía, no te hablaría de esta suerte mi hueca y apagada voz. Vete en buen hora, ya que te ha salido fría la pretensión». Sí que he quedado frío y triste. Toda mi esperanza huyó, y el fuego del amor se ha convertido en hielo. Adiós, hermosa Porcia. No puedo hablar. El desencanto me quita la voz. ¡Cuán triste se aleja el que ve marchitas sus ilusiones!

PORCIA

¡Oh felicidad! Quiera Dios que tengan la misma suerte todos los que

vengan, si son del mismo color que éste.

ESCENA VIII

Calle de Venecia

SALARINO Y SALANIO

SALARINO

Ya se ha embarcado Basanio, y con él va Graciano, pero no Lorenzo.

SALANIO

El judío se quejó al Dux, e hizo que le acompañase a registrar la nave de Basanio.

SALARINO

Pero cuando llegaron, era tarde, y ya se habían hecho a la mar. En el puerto dijeron al Dux que poco antes habían visto en una góndola a Lorenzo y a su amada Jéssica, y Antonio juró que no iba en la nave de Basanio.

SALANIO

Nunca he visto tan ciego, loco, incoherente y peregrino furor como el de este maldito hebreo. Decía a voces: « ¡Mi hija, mi dinero, mi hija. . ha huido con un cristiano. . y se ha llevado mi dinero. . mis ducados. . Justicia. . mi dinero. . una balsa. . no. . dos, llenas de ducados. . Y además joyas y piedras preciosas. . Me lo han robado todo. . Justicia. . Buscadla. . Lleva consigo mi dinero y mis alhajas!»

SALARINO

Los muchachos le persiguen por las calles de Venecia, gritando como él:

«Justicia, mis ducados, mis joyas, mi hija».

SALANIO

¡Pobre Antonio si no cumple el trato!

SALARINO

Y fácil es que no pueda cumplirlo. Ayer me dijo un francés que en el estrecho que hay entre Francia e Inglaterra había naufragado un barco veneciano. En seguida me acordé de Antonio, y por lo bajo hice votos a Dios para que no fuera

SALANIO

Bien harías en decírselo a Antonio, pero de modo que no le hiciera mala impresión la noticia.

SALARINO

No hay en el mundo alma más noble. Hace poco vi cómo se despedía de Basanio. Díjole éste que haría por volver pronto, y Antonio le replicó:

«No lo hagas de ningún modo, ni echas a perder, por culpa mía, tu empresa. Necesitas tiempo. No te apures por la fianza que di al judío. Estate tranquilo, y sólo pienses en alcanzar con mil delicadas galanterías y muestras de amor el premio a que aspiras». Apenas podía contener el llanto al decir esto. Apartó la cara, dio la mano a su amigo, y se despidió de él por última vez.

SALANIO

Él es toda su vida, según imagino. Vamos a verle, y tratemos de consolar su honda tristeza.

SALARINO

Vamos.

ESCENA IX

Quinta de Porcia en Belmonte

NERISSA (A un criado)

Anda, descorre las cortinas, que ya el infante de Aragón ha hecho su juramento y viene a la prueba.

(Sale el Infante de Aragón, Porcia y acompañamiento. Tocan cajas y clarines).

PORCIA

Egregio infante: ahí tenéis las cajas: si dais con la que contiene mi retrato, vuestra será mi mano. Pero si la fortuna os fuera adversa, tendréis que alejaros sin más tardanza.

EL INFANTE

El juramento me obliga a tres cosas: primero, a no decir nunca cuál de las tres cajas fue la que elegí. Segundo, si no acierto en la elección, me comprometo a no pedir jamás la mano de una doncella. Tercero, a alejarme de vuestra presencia, si la suerte me fuere contraria.

PORCIA

Esas son las tres condiciones que tiene que cumplir todo el que viene a esta dudosa aventura, y a pretender mi mano indigna de tanta honra.

EL INFANTE

Yo cumpliré las tres. Fortuna, dame tu favor, ilumíname. Aquí tenemos plata, oro y plomo. «Quien me elija, tendrá que darlo todo y aventurarlo todo». Para que yo dé ni aventure nada, menester será que el plomo se haga antes más hermoso. ¿Y qué dice la caja de oro? «Quien me elija, alcanzará lo que muchos desean». Estos serán la turba de necios que se fíe de apariencias,

y no penetra hasta el fondo de las cosas: a la manera del pájaro audaz que puso su nido en el alero del tejado, expuesto a la intemperie y a todo género de peligros. No es mío pensar como piensa el vulgo. No elegiré lo que muchos desean. No seré como la multitud grosera y sin juicio. Vamos

a ti, arca brillante de precioso metal: «Quien me elija, alcanzará lo que merece». Está bien, ¿qué alma bien nacida querrá obtener ninguna ventaja ni triunfar del hado, sin un mérito real? ¿A quién contentará un honor inmerecido? ¡Dichoso aquel día en que no por subterráneas intrigas, sino por las dotes reales del alma, se consigan los honores y premios! ¡Cuántas frentes, que ahora están humilladas, se cubrirán de gloria entonces! ¡Cuántos de

los que ahora dominan querrían ser entonces vasallos! ¡Qué de ignominias descubriríamos al través de la púrpura de reyes, emperadores y magnates!

¡Y cuánta honra encontraríamos soterrada en el lodo de nuestra edad! Siga la elección: «Alcanzará lo que merece». Mérito tenga. Venga la llave, que esta caja encierra sin duda mi fortuna.

PORCIA

Mucho lo habéis pensado para tan corto premio como habéis de encontrar.

EL INFANTE

¿Qué veo? La cara de un estúpido que frunce el entrecejo y me presenta una carta. «Cuán diverso es su semblante del de la hermosísima Porcia!

¡Otra cosa aguardaban mis méritos y esperanzas! «Quien me elija, alcanzará lo que merece». ¿Y no merezco más? ¿La cara de un imbécil? ¿Ese es el premio que yo ambicionaba? ¿Tan poco valgo?

PORCIA

El juicio no es ofensa: son dos actos distintos.

EL INFANTE

¿Y qué dice ese papel? (Lee). «Siete veces ha pasado este metal por la llama: siete pruebas necesita el juicio para no equivocarse. Muchos hay que toman por realidad los sueños: natural es que su felicidad sea sueño también. Bajo este blanco metal has encontrado la faz de un estúpido. Mu-

chos necios hay en el mundo que se ocultan así. Cásate a tu voluntad, pero siempre me tendrás por símbolo. Adiós». Todavía sería estupidez mayor,

no irme ahora mismo. Como un necio vine a galantear, y ahora llevo dos

cabezas nuevas, la mía y otra además. Quédate con Dios, Porcia: no faltaré a mi juramento.

PORCIA

Huye, como mariposa que se quema las alas escape del fuego. ¡Qué necios son por querer pasarse de listos!

NERISSA

Bien dice el proverbio: Sólo su mala fortuna lleva al necio al altar o a la horca.

UN CRIADO

¿Dónde está mi señora?

PORCIA

Aquí.

EL CRIADO

Se apea a vuestra puerta un joven veneciano, anunciando a su señor, que viene a ofrecer sus respetos y joyas de gran valía. El mensajero parece serlo del amor mismo. Nunca amaneció en primavera, anunciadora del ardiente estío, tan risueña mañana como el rostro de este nuncio.

PORCIA

Silencio. ¡Por Dios! tanto me lo encareces, que recelo si acabarás por decirme que es pariente tuyo. Vamos, Nerissa:

NERISSA

Su señor es Basanio, o mucho me equivoco.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Calle de Venecia

SALANIO Y SALARINO

SALANIO

¿Qué se dice en Rialto?

SALARINO

Corren nuevas de que una nave de Antonio, cargada de ricos géneros,

ha naufragado en los estrechos de Goodwins, que son unos escollos de los más temibles, y donde han perecido muchas orgullosas embarcaciones.

Esto es lo que sucede, si es que no miente la parlera fama, y se porta hoy como mujer de bien.

SALANIO

¡Ojalá que por esta vez mienta como la comadre más embustera de cuantas comen pan! Pero la verdad es, sin andarnos en rodeos ni ambages, que el pobre Antonio, el buen Antonio. . ¡Oh si encontrara yo un adjetivo bastante digno de su bondad!

SALARINO

Al asunto, al asunto.

SALANIO

¿Al asunto dices? Pues el asunto es que ha perdido un barco.

SALARINO

¡Quiera Dios que no sea más que uno!

SALANIO

¡Ojalá! No sea que eche a perder el demonio mis oraciones, porque aquí viene en forma de judío. (Sale Sylock). ¿Cómo estás, Sylock? ¿Qué novedades cuentan los mercaderes?

SYLOCH

Vosotros lo sabéis. ¿Quién había de saber mejor que vosotros la fuga de mi hija?

SALARINO

Es verdad. Yo era amigo del sastre que hizo al pájaro las alas con que voló del nido.

SALANIO

Por eso la condenarán.

SALANIO

Es claro: si la juzga el demonio.

SYLOCK

¡Ser infiel a mi carne y sangre!

SALANIO

Más diferencia hay de su carne a la tuya que del marfil al azabache, y de su sangre a la tuya que del vino del Rin al vino tinto. Dinos: ¿sabes algo de la pérdida que ha tenido Antonio en el mar?

SYLOCK

¡Vaya otro negocio! ¡Un mal pagador, que no se atreve a comparecer en Rialto! ¡Un mendigo que hacía alarde de lujo, paseándose por la playa! A ver cómo responde de su fianza. Para eso me llamaba usurero. Que responda de su fianza. Decía que prestaba dinero por caridad cristiana. Que responda de su fianza.

SALARINO

De seguro que si no cumple el contrato, no por eso te has de quedar con su carne. ¿Para qué te sirve?

SYLOCK

Me servirá de cebo en la caña de pescar. Me servirá para satisfacer mis odios. Me ha arruinado. Por él he perdido medio millón: él se ha reído de mis ganancias y de mis pérdidas: ha afrentado mi raza y linaje, ha dado

calor a mis enemigos y ha desalentado a mis amigos. Y todo ¿por qué? Porque soy judío. ¿Y el judío no tiene ojos, no tiene manos ni órganos ni alma, ni sentidos ni pasiones? ¿No se alimenta de los mismos manjares, no recibe las mismas heridas, no padece las mismas enfermedades y se cura con iguales medicinas, no tiene calor en verano y frío en invierno, lo mismo que el cristiano? Si le pican ¿no sangra? ¿No se ríe si le hacen cosquillas? ¿No se muere si le envenenan? Si le ofenden, ¿no trata de vengarse? Si en todo lo demás somos tan semejantes ¿por qué no hemos de parecernos en esto?

Si un judío ofende a un cristiano ¿no se venga éste, a pesar de su cristiana caridad? Y si un cristiano a un judío, ¿qué enseña al judío la humildad cristiana? A vengarse. Yo os imitaré en todo lo malo, y para poco he de ser, si no supero a mis maestros.

UN CRIADO

Señores: mi amo Antonio os espera en su casa, para hablaros de negocios importantes.

SALARINO

Largo tiempo hace que le buscamos.

(Sale Túbal)

(Vanse)

SYLOCK

Túbal, ¿qué noticias traes de Génova? ¿Qué sabes de mi hija?

TÚBAL

Oí noticias de ella en muchas partes, pero nunca la vi.

SYLOCK

Nunca ha caído otra maldición igual sobre nuestra raza. Mira: se llevó un diamante que me había costado dos mil ducados en la feria de Frankfurt. Dos mil ducados del diamante, y además muchas alhajas preciosas.

Poco me importaría ver muerta a mi hija, como tuviera los diamantes en las orejas, y los ducados en el ataúd. ¿Pero nada, nada has averiguado de ellos? ¡Maldito sea yo! ¡Y cuánto dinero he gastado en buscarla! ¡Tanto que se llevó el ladrón, y tanto cómo llevo gastado en su busca, y todavía no me he vengado! Cada día me trae una nueva pérdida. Todo género de lástimas y miserias ha caído sobre mí.

TÚBAL

No eres tú el solo desgraciado. Me contaron en Génova que también Antonio. .

SYLOCK

¿Qué, qué? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

TÚBAL

Se le ha perdido un barco que venía de Trípoli.

SYLOCK

¡Bendito sea Dios! ¿Pero eso es cierto?

TÚBAL

Me lo han contado algunos marineros escapados del naufragio.

SYLOCK

¡Gracias, amigo Túbal, gracias! ¡Qué felices nuevas! ¿Con qué en Génova, eh, en Génova?

TÚBAL

Dicen que tu hija ha gastado en Génova ochenta ducados en una noche.

SYLOCK

¿Qué daga me estás clavando en el corazón? ¡Pobre dinero mío! ¡En una noche sola ochenta ducados!

TÚBAL

Varios acreedores de Antonio, con quienes vengo desde Génova, tienen por inevitable su quiebra.

¡Oh, qué felicidad! Le atormentaré. Me he de vengar con creces.

TÚBAL

Uno de esos acreedores me mostró una sortija, con que tu hija le había pagado un mono que compró.

SYLOCK

¡Cállate, maldecido! ¿Quieres martirizarme? Es mi turquesa. Me la regaló Lia, cuando yo era soltero. No la hubiera yo cedido por todo un desierto henchido de monos.

TÚBAL

Pero no tiene duda que Antonio está completamente arruinado.

SYLOCK

Eso me consuela. Eso tiene que ser verdad. Túbal, avísame un alguacil para dentro de quince días. Si no paga la fianza, le sacaré las entrañas; si no fuera por él, haría yo en Venecia cuantos negocios quisiera. Túbal, nos veremos en la sinagoga. Adiós, querido Túbal.

ESCENA II

Quinta de Porcia

BASANIO, PORCIA, GRACIANO, NESISSA y criados

PORCIA

Os ruego que no os deis prisa. Esperad siquiera un día o dos, porque si no acertáis en la elección, os pierdo para siempre. Hay en mi alma algo que me dice (no sé si será amor) que sería para mi un dolor que os fueseis. Odio ya veis que no puede ser. Si no os parecen bastantes claras mis palabras (porque una doncella sólo puede hablar de estas cosas con el pensamiento) os suplicaría que permanecieseis aquí uno o dos meses. Con esto tendré bastante tiempo para enseñaros el modo de no errar. Pero ¡ay! no puedo, porque sería faltar a mi juramento, y no he de ser perjura aunque os pierda. Si erráis, haréis que me lamente mucho de haber faltado a mi juramento. ¡Ojalá nunca hubiera yo visto vuestros ojos! Su fulgor me ha partido el alma: sólo la mitad es mía, la otra mitad vuestra. . He querido decir mía, pero no es mía, vuestra es también, y toda yo os pertenezco. Este siglo infeliz en que vivimos pone obstáculos entre el poseedor y su derecho. Por eso, y a la vez, soy vuestra y no lo soy. El hado tiene la culpa, y él es quien debe pagarla e ir al infierno, yo no. Hablo demasiado, pero es por entretener el tiempo, y detenerle, y con él vuestra elección.

BASANIO

Permitid que la suerte decida. Estoy como en el tormento.

PORCIA

¿Basanio en el tormento? pues qué, ¿hay algún engaño en vuestro amor?

BASANIO

Hay un recelo, que me presenta como imposible mi felicidad. Antes harán alianza el fuego y el hielo, que mi amor y la traición.

Me temo que estéis hablando desde el tormento, donde el hombre, bien contra su voluntad, confiesa lo cierto.

BASANIO

Porcia, mi vida consiste en vos. Dádmela, y os diré toda la verdad.

PORCIA

Decídmela y viviréis.

BASANIO

Mejor hubierais dicho: «decídmela y amad», y con esto sería inútil mi confesión, ya que mi único crimen es amar, delicioso tormento en que sólo el verdugo puede salvar al reo. Vamos a las cajas, y que la suerte nos favorezca.

PORCIA

A las cajas, pues. En una de ellas está mi efigie. Si me amáis, la encontraréis de seguro. Atrás, Nerissa: atrás, todos vosotros y mientras elige, resuene la

música. Si se equivoca, morirá entre armonías como el cisne, y para que sea mayor la exactitud de la comparación, mis ojos le darán sepulcro en las nativas ondas. Si vence (y no es imposible), oirá el son agudo de las trompetas, semejante al que saluda al rey que acaba de ser ungido y coronado, o a las alegres voces que, al despuntar la aurora, penetran en los oídos del extasiado novio. Vedle acercarse con más amor y más vigorosos

alientos que Hércules, cuando fue a salvar a Troya del nefando tributo de la doncella que tenía que entregar a la voracidad del monstruo marino, en luctuoso día. Yo soy la víctima. Vosotros sois como las matronas dárdanas que con llorosos ojos han salido de Troya a contemplar el sacrificio. Adelante, noble Alcides: sal vencedor de la contienda. En tu vida está la mía.

Todavía tengo yo más interés en el combate, que tú que vas a pelear, dando celos al mismo Ares. (Mientras Basanio elige, canta la música). « ¿Dónde nace el amor, en los ojos o en el alma? ¿Quién le da fuerzas para quitarnos el sosiego? Decídnoslo, decídnoslo. El amor nace en los ojos, se alimenta de miradas, y muere por desvíos en la misma cuna donde nace. Cantemos

dulces himnos en alabanza del amor. ¡Viva el amor, viva el amor!»

BASANIO

Muchas veces engañan las apariencias. ¿Ha habido causa tan mala que

un elocuente abogado no pudiera hacer probable, buscando disculpas para

el crimen más horrendo? ¿Hay alguna herejía religiosa que no tenga sectarios, y que no pueda cubrirse con citas de la Escritura o con flores retóricas que disimulen su fealdad? ¿Hay vicio que no pueda disfrazarse con la má-

scara de la virtud? ¿No habéis visto muchos cobardes, tan falsos y move-

dizos como piedra sobre arena, y que por fuera muestran la belicosa faz de Hércules y las híspidas barbas de Marte, y por de dentro tienen los hígados tan blancos como la leche? Fingen valor, para hacerse temer. Medid la hermosura: se compra al peso, y son más ligeras las que se atavían con los

más preciados arreos de la belleza. ¡Cuántas veces los áureos rizos, enroscados como sierpes al rededor de una dudosa belleza, son prenda de otra hermosura que yace en olvidado sepulcro! Los adornos son como la playa de un mar proceloso; como el velo de seda que oculta el rostro de una hermosura india; como la verdad, cuya máscara toma la fraude para engañar a los más prudentes. Por eso desdeño los fulgores del oro, alimento y perdición del avaro Midas, y también el pálido brillo de la mercenaria plata. Tu quebrado color, oh plomo que pasas por vil y anuncias más desdichas que felicidad, me atrae más que todo eso. Por ti me decido. ¡Quiera Dios cumplir mi amoroso deseo!

PORCIA

(Aparte). Como el viento disipa las nubes, así huyen de mi alma todos los celos, tristezas y desconfianzas. Cálmate, amor; ten sosiego: templa los ímpetus del alma, y dame el gozo con tasa, porque si no, el corazón estallará de alegría.

BASANIO

(Abre la caja de plomo). ¿Qué veo? ¡El mismo rostro de la hermosa Porcia! ¿Qué pincel sobrehumano pudo acercarse tanto a la realidad? ¿Pe-stañean estos ojos, o es que los mueve el reflejo de los míos? Exhalan sus labios un aliento más dulce que la miel. De sus cabellos ha tejido el pintor una tela de araña para enredar corazones. ¡Ay de las moscas que caigan en ellos! ¿Pero cómo habrá podido retratar sus ojos, sin cegar? ¿Cómo pudo

acabar el uno sin que sus rayos le cegaran de tal modo que dejase sin acabar el otro? Toda alabanza es poca, y sería afrentar al retrato tanto como el retrato al original. Veamos lo que dice la letra, cifra breve de mi fortuna.

(Lee). «Tú a quien no engañan las apariencias, consigues la rara fortuna de acertar. Ya que tal suerte tuviste, no busques otra mejor. Si te parece bien la que te ha dado la fortuna, vuélvete hacia ella, y con un beso de amor tómala por tuya, siguiendo los impulsos de tu alma». ¡Hermosa leyenda!

Señora, perdón. Es necesario cumplir lo que este papel ordena. A la manera que el gladiador, cuando los aplausos ensordecen el anfiteatro, duda si es a él a quien se dirigen, y vuelve la vista en torno suyo; así yo, bella Porcia, dudo si es verdad lo que miro, y antes de entregarme al gozo, necesito que lo confirmen vuestros labios.

PORCIA

Basanio, tal cual me veis, vuestra soy. No deseo para mi suerte mayor, pero en obsequio vuestro quisiera ser veinte veces más hermosa de lo que soy, y diez mil veces más rica. Yo quisiera exceder a todas en virtud, en belleza, en bienes de fortuna y en amigos, para que me amaseis mucho más.

Pero valgo muy poco; soy una niña ignorante y sin experiencia; sólo tengo una cosa buena, y es que todavía no soy vieja para aprender; y otra aún mejor, que no fue tan mala mi educación primera que no pueda aprender.

Y aún tengo otra felicidad mejor, y es la de tener un corazón tan rendido que se humilla a vos como el siervo a su señor y monarca. Mi persona, y la hacienda que fue mía, son desde hoy vuestras. Hace un momento era yo señora de esta quinta y de estos criados, y de mí misma, pero desde ahora yo y mi quinta y mis criados os pertenecemos. Todo os lo doy con este anillo. Si algún día lo destruí o perdéis, será indicio de que habéis perdido mi amor, y podré reprenderos por tan grave falta.

BASANIO

Señora, me habéis quitado el habla. Sólo os grita mi sangre alborotada

en las venas. Tal trastorno habéis producido en mis sentidos, como el tumulto que estalla en una muchedumbre cuando oye el discurso de un príncipe adorado. Mil palabras incoherentes se confunden con gritos que no tienen sentido alguno, pero que expresan un júbilo sincero. Cuando huya de mis dedos ese anillo, irá con él mi vida, y podréis decir que ha muerto Basanio.

NERISSA

A nosotros, mudos espectadores de tal drama, sólo nos toca daros el parabién. Sed dichosos, amos y señores míos.

GRACIANO

Basanio, señor mío; y tú, hermosa dama, disfrutad cuanta ventura deseo para vosotros, ya que no ha de ser a mi costa. Y cuando os preparéis a cerrar solemnemente el contrato, dadme licencia para hacer lo mismo.

BASANIO

Con mucho gusto, si encuentras mujer.

GRACIANO

Mil gracias, Basanio. A ti lo debo. Mis ojos son tan avizores como los tuyos. Tú los pusiste en la señora; yo en la criada: tú amaste; yo también. Tu amor no consiente dilaciones; tampoco el mío. Tu suerte dependía de la buena elección de las cajas; también la mía. Yo ardiendo en amores perseguí a esta esquivia hermosura con tantas y tantas promesas y juramentos,

que casi tengo seca la boca de repetirlos. Pero al fin (si las palabras de tal hermosura valen algo), me prometió concederme su amor, si tú acertabas a conquistar el de su señora.

PORCIA

¿Es verdad, Nerissa?

Verdad es, señora, si no lo lleváis a mal.

BASANIO

¿Lo dices de veras, Graciano?

GRACIANO

De veras, señor.

BASANIO

Vuestro casamiento aumentará los regocijos del nuestro.

GRACIANO

¡Pero quién viene! ¿Lorenzo y la judía? ¿Y con ellos mi amigo, el veneciano Salerio?

(Salen Lorenzo, Jéssica y Salerio)

BASANIO

Con bien vengáis a esta quinta, Lorenzo y Salerio, si es que mi recién nacida felicidad me autoriza para saludaros en este lugar. ¿Me lo permites, bellísima Porcia?

PORCIA

Y lo repito: bien venidos sean.

LORENZO

Gracias por tanto favor. Mi intención no era visitarte, pero Salerio, a quien encontré en el camino, se empeñó tanto, que al cabo consentí en acompañarle.

SALERIO

Lo hice, es verdad, pero no sin razón, porque te traigo un recado del señor Antonio.

(Le da una carta)

BASANIO

Antes de abrir esta carta, dime cómo se encuentra mi buen amigo.

SALERIO

No está enfermo más que del alma; por su carta verás lo que padece.

GRACIANO

Querido Salerio, dame la mano. ¿Qué noticias traes de Venecia? ¿Qué hace el honrado mercader Antonio? ¡Cómo se alegrará al saber nuestra dicha! Somos los Jasones que han encontrado el vellocino de oro.

SALERIO

Malas nuevas debe traer la carta. Huye el color de las mejillas de Basanio. Sin duda acaba de saber la muerte de un amigo muy querido, porque

ninguna otra mala noticia podría abatir un ánimo tan constante; malo, malo. Perdóname, Basanio, pero soy la mitad de tu alma, y justo es que me pertenezcan la mitad de las desgracias que anuncia ese pliego.

BASANIO

¡Amada Porcia! Leo en esta carta algunas de las frases más tristes que se han escrito nunca sobre el papel. Porcia hermosísima, cuando por primera vez te confesé mi amor, no tuve reparo en decirte que yo no tenía otra hacienda que la sangre de mis venas, pero que era noble y bien nacido, y te dije la verdad. Pero así y todo hubo jactancia en mis palabras, al decirte que mis bienes eran ningunos. Para ser enteramente veraz, debí añadir que mi fortuna era menos que nada, porque la verdad es que empeñé mi palabra a

mi mejor amigo, dejándole expuesto a la venganza del enemigo más cruel,

implacable y sin entrañas: todo para procurarme dineros. Esta carta me parece el cuerpo de mi amigo: cada línea es a modo de una herida, que arroja la sangre a borbotones. Pero ¿es cierto, Salerio? ¿Todo, todo lo ha perdido?

¿Todos sus negocios le han salido mal? ¿Ni en Trípoli, ni en Méjico, ni en Lisboa, ni en Inglaterra, ni en la India, ni en Berbería, escapó ningún barco suyo de esos escollos tan fatales al marino?

SALERIO

Ni uno. Y aunque a Antonio le quedara algún dinero para pagar al ju-

dío, de seguro que éste no le recibiría. No parece ser humano: nunca he

visto a nadie tan ansioso de destruir y aniquilar a su prójimo. Día y noche pide justicia al Dux, amenazando, si no se le hace justicia, con invocar las libertades del Estado. En vano han querido persuadirle los mercaderes más ricos, y el mismo Dux y los patricios. Todo en balde. Él persiste en su demanda, y reclama confiscación, justicia y el cumplimiento de su engañoso trato.

JÉSSICA

Cuando vivía yo con él, muchas veces le vi jurar a sus amigos Túbal y

Chus que prefería la carne de Antonio a veinte veces el valor de la suma que le debía, y si las leyes y el gobierno de Venecia no protegen al infeliz Antonio, mala será su suerte.

PORCIA

¿Y en vuestro amigo recaen todas esas calamidades?

BASANIO

En mi amigo, el mayor y más fiel, el de alma más honrada que hay en toda Italia. En su pecho arde la llama del honor de la antigua Roma.

PORCIA

¿Qué es lo que debe al judío?

BASANIO

Tres mil ducados que me prestó.

PORCIA

¿No más que tres mil? Dale seis mil, duplica, triplica la suma, antes que consentir que tan buen amigo pierda por ti ni un cabello. Vamos al altar, despedámonos, y luego corre a Venecia a buscar a tu amigo; no vuelvas al lado de

BASANIO

«Querido Basanio: mis barcos naufragaron; me acosan mis acreedores;

he perdido toda mi hacienda; ha vencido el plazo de mi escritura con el judío, y claro es que si se cumple la cláusula del contrato, tengo forzosamente

que morir. Toda deuda entre nosotros queda liquidada, con tal que vengas a verme en la hora de mi muerte. Sin embargo, haz lo que quieras; si nuestra amistad no te obliga a venir, tampoco te hará fuerza esta carta».

PORCIA

Amor mío, vete en seguida.

BASANIO

Volaré, si me lo permites. Entretanto que vuelvo, el reposo y la soledad de mi lecho serán continuos estímulos para que yo vuelva.

ESCENA III

Calle de Venecia

SYLOCK, SALANIO, ANTONIO Y EL CARCELERO

SYLOCK

Carcelero, no apartes la vista de él. No me digas que tenga compasión...

Éste es aquel insensato que prestaba su dinero sin interés. No le pierdas de vista, carcelero.

ANTONIO

Oye, amigo Sylock.

SYLOCK

Pido que se cumplan las condiciones de la escritura. He jurado no ceder

ni un ápice de mi derecho. En nada te había ofendido yo cuando ya me llamabas perro. Si lo soy, yo te enseñaré los dientes. No tienes escape. El Dux me hará justicia. No sé, perverso alcalde, por qué has consentido con tanto gusto en sacarle de la prisión.

ANTONIO

Óyeme: te lo suplico.

SYLOCK

No quiero oírte. Cúmpleme el contrato. No quiero oírte. No te empeñes en hablar más. No soy un hombre de buenas entrañas, de los que dan cabida a la compasión, y se rinden al ruego de los cristianos. No volváis a importunarme. Pido que se cumpla el contrato.

(Vase)

ANTONIO

Déjale. Nada de ruegos inútiles. Quiere mi vida y no atino por qué. Más de una vez he salvado de sus garras a muchos infelices que acudieron a mí, y por eso me aborrece.

SALANIO

No creo que el Dux consienta jamás en que se cumpla semejante contrato.

ANTONIO

El Dux tiene que cumplir la ley, porque el crédito de la República perdería mucho si no se respetasen los derechos del extranjero. Toda la riqueza, prosperidad y esplendor de esta ciudad depende de su comercio con los extranjeros. Ea, vamos. Tan agobiado estoy de pesadumbres, que dudo mucho que mañana tenga una libra de carne en mi cuerpo, con que hartar la sed de sangre de ese bárbaro. Adiós, buen carcelero. ¡Quiera Dios que Basanio vuelva a verme y pague su deuda! Entonces moriré tranquilo.

ESCENA IV

Quinta de Porcia en Belmonte

PORCIA, NERISSA, LORENZO, JÉSSICA Y BALTASAR

LORENZO

Señora (no tengo reparo en decirlo delante de vos), alto idea tenéis formada de la santa amistad, y buena prueba de ello es la resignación con que toleráis la ausencia de vuestro marido. Pero si supierais a quién favorecéis de este modo, y cuán buen amigo es del señor Basanio, más os enorgulleceríais de vuestra obra que de la natural cualidad de obrar bien, de que tantas muestras habíais dado.

PORCIA

Nunca me arrepentí de hacer el bien, ni ha de pesarme ahora. Entre amigos que pasan y gastan juntos largas horas, unidos sus corazones por el vínculo sagrado de la amistad, ha de haber gran semejanza de índole, afectos y costumbres. De aquí infiero que siendo Antonio el mejor amigo del esposo a quien adoro, ha de parecerse a él necesariamente. Y si es así, ¡qué poco me habrá costado librar del más duro tormento al fiel espejo del amor mío! Pero no quiero decir más, porque esto parece alabanza propia. Hagamos de otra cosa. En tus manos pongo, honrado Lorenzo, la dirección y gobierno de esta casa hasta que vuelva mi marido. Yo sólo puedo pensar en cumplir un voto que hice secretamente, de estar en oración, sin más compañía que la de Nerissa, hasta que su amante y el mío vuelvan. A dos leguas de aquí hay un convento, donde podremos encerrarnos. No rehuséis el encargo y el peso que hoy me obligan a echar sobre vuestros hombros mi confianza y la situación en que me encuentro.

LORENZO

Lo acepto con toda voluntad, señora, y cumpliré todo lo que me ordenéis.

PORCIA

Ya saben mi intención los criados. Vos y Jéssica seréis para ellos como Basanio y yo. Quedad con Dios. Hasta la vuelta.

JÉSSICA

¡Ojalá logréis todas las dichas que mi alma os desea!

Mucho os agradezco la buena voluntad, y os deseo igual fortuna. Adiós, Jéssica. (Vanse Jéssica y Lorenzo). Oye, Baltasar. Siempre te he encontrado fiel. También lo has de ser hoy. Lleva esta carta a Padua, con toda la rapidez que cabe en lo humano, y dásela en propia mano a mi amigo el Dr. Belario.

Él te entregará dos trajes y algunos papeles: llévalos a la barca que hace la travesía entre Venecia y la costa cercana. No te detengas en palabras. Corre. Estaré en Venecia antes que tú.

BALTASAR

Corro a obedecerte, señora. (Vase)

PORCIA

Oye, Nerissa: tengo un plan, que todavía no te he comunicado. Vamos a sorprender a tu esposo y al mío.

NERISSA

¿Sin que nos vean?

PORCIA

Nos verán, pero en tal arreo que nos han de atribuir cualidades de que carecemos. Apuesto lo que queráis a que cuando estemos vestidas de hombre, yo he de parecer el mejor mozo, y el de más desgarro, y he de llevar la daga mejor que tú. Hablaré recio, como los niños que quieren ser hombres y tratan de pependencias cuando todavía no les apunta el bozo. Inventaré mil peregrinas historias de ilustres damas que me ofrecieron su amor, y a quienes desdeñé, por lo cual cayeron enfermas y murieron de pesar. — ¿Qué hacer entonces?—Sentir en medio de mis conquistas cierta lástima de haberlas matado con mis desvíos. Y por este orden ensartaré cien mil desatinos, y pensarán los hombres que hace un año he salido del colegio y revuelvo en el magín cien mil fanfarronadas, que quisiera ejecutar.

NERISSA

Pero, señora, ¿tenemos que disfrazarnos de hombres?

Porcia

¿Y lo preguntas? Ven, ya nos espera el coche a la puerta del jardín. Allí te lo explicaré todo. Anda deprisa, que tenemos que correr seis leguas.

ESCENA V

Jardín de Porcia en Belmonte

LANZAROTE Y JÉSSICA

LANZAROTE

Sí, porque habéis de saber que Dios castiga en los hijos las culpas de los padres: por eso os tengo lástima. Siempre os dije la verdad, y no he de callarla ahora. Tened paciencia, porque a la verdad, creo que os vais a condenar. Sólo os queda una esperanza, y esa a medias.

JÉSSICA

La de que quizá no sea tu padre el judío.

JÉSSICA

Esa sí que sería una esperanza bastarda. En tal caso pagaría yo los pecados de mi madre.

LANZAROTE

Dices bien: témome que pagues los de tu padre y los de tu madre. Por eso huyendo de la Scyla de tu padre, doy en la Caribdis de tu madre, y por uno y otro lado estoy perdido.

JÉSSICA

Me salvaré por el lado de mi marido, que me cristianizó.

LANZAROTE

Bien mal hecho. Hartos cristianos éramos para poder vivir en paz. Si continúa ese empeño de hacer cristianos a los judíos, subirá el precio de la carne de puerco y no tendremos ni una lonja de tocino para el puchero.

(Sale Lorenzo)

JÉSSICA

Contaré a mi marido tus palabras, Lanzarote. Mírale, aquí viene.

LORENZO

Voy a tener celos de ti, Lanzarote, si sigues hablando en secreto con mi mujer.

JÉSSICA

Nada de eso, Lorenzo: no tienes motivo para encelarte, porque Lanzarote y yo hemos reñido. Me estaba diciendo que yo no tendría perdón de Dios, por ser hija de judío, y añade que tú no eres buen cristiano, porque, convirtiendo a los judíos, encareces el tocino.

LORENZO

Más fácil me sería, Lanzarote, justificarme de eso, que tú de haber engruesado a la negra mora, que está embarazada por ti, Lanzarote.

LANZAROTE

No me extraña que la mora esté más gorda de lo justo. Siempre será más mujer de bien de lo que yo creía.

LORENZO

Todo el mundo juega con el equívoco, hasta los más tontos. . Dentro de poco, los discretos tendrán que callarse, y sólo merecerá alabanza en los papagayos el don de la palabra. Adentro, pícaro: di a los criados que se espongan para la comida.

LANZAROTE

¡Qué ganas de broma tienes! Diles que pongan la comida.

LANZAROTE

También está hecho. Pero mejor palabra sería «cubrir».

LORENZO

Pues que cubran.

LANZAROTE

No lo haré, señor: sé lo que debo.

LORENZO

Basta de juegos de palabras. No agotes de una vez el manantial de tus gracias. Entiéndeme, ya que te hablo con claridad. Di a tus compañeros que cubran la mesa y sirvan la comida, que nosotros iremos a comer.

LANZAROTE

Señor, la mesa se cubrirá, la comida se servirá, y vos iréis a comer o no, según mejor cuadre a vuestro apetito. (Vase)

LORENZO

¡Oh, qué de necedades ha dicho! Tiene hecha sin duda provisión de gracias. Otros bufones conozco de más alto ralea, que por decir un chiste, son capaces de alterar y olvidar la verdadera significación de las cosas. ¿Qué piensas, amada Jéssica? Dime con verdad: ¿Te parece bien la mujer de Basanio?

JÉSSICA

Más de lo que puedo darte a entender con palabras. Muy buena vida

debe hacer Basanio, porque tal mujer es la bendición de Dios y la felicidad del paraíso en la tierra, y si no la estima en la tierra, no merecerá gozarla en el cielo. Si hubiera contienda entre dos divinidades, y la una trajese por

apuesta una mujer como Porcia, no encontraría el otro dios ninguna otra que oponerla en este bajo mundo.

LORENZO

Tan buen marido soy yo para ti, como ella es buena mujer.

JÉSSICA

Pregúntamelo a mí.

LORENZO

Vamos primero a comer. Jéssica

LORENZO

No: déjalo; vamos a comer; a los postres dirás lo que quieras, y así dige-riré mejor. (Vanse)

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Tribunal de Venecia

DUX, SENADORES, ANTONIO, BASANIO, GRACIANO, SA-

LARINO Y SALANTO Dux ¿Y Antonio?

ANTONIO

A vuestras órdenes, Alteza. Dux Te tengo lástima, porque vienes a responder a la demanda de un enemigo cruel y sin entrañas, en cuyo pecho nunca halló lugar la compasión ni el amor, y cuya alma no encierra ni un gramo de piedad.

ANTONIO

Ya sé que V. A. ha puesto empeño en calmar su feroz encono, pero sé también que permanece inflexible, y que no me queda, según las leyes, recurso alguno para salvarme de sus iras. A ellas sólo puedo oponer la paciencia y la serenidad. Mi alma tranquila y resignada soportará todas las durezas y ferocidades de la suya.

DUX

Decid que venga el judío ante el tribunal.

SALARINO

Ya viene, señor. Está fuera, esperando vuestras órdenes.

(Entra Sylock)

DUX

¡Haceos atrás! ¡Que se presente Sylock! Cree el mundo, y yo con él, que quieres apurar tu crueldad hasta las heces, y luego cuando la sentencia se pronuncie, haces alarde de piedad y mansedumbre, todavía más odiosas

que tu crueldad primera. Cree la gente que en vez de pedir el cumplimiento del contrato que te concede una libra de carne de este desdichado mercader, desistirás de tu demanda, te moverás a lástima, le perdonarás la mitad de la deuda, considerando las grandes pérdidas que ha tenido en poco tiempo, y

que bastarían a arruinar al más opulento mercader monarca, y a conmover entrañas de bronce y corazones de pedernal, aunque fuesen de

turcos o tártaros selváticos, ajenos de toda delicadeza y buen comedimiento. Todos esperamos de ti una cortés respuesta.

SYLOCK

Vuestra Alteza sabe mi intención, y he jurado por el sábado lograr cumplida venganza. Si me la negáis, ¡vergüenza eterna para las leyes y libertades venecianas! Me diréis qué ¿por qué estimo más una libra de carne de

este hombre que tres mil ducados? Porque así se me antoja. ¿Os place esta contestación? Si en mi casa hubiera un ratón importuno, y yo me empeñara en pagar diez mil ducados por matarle, ¿lo llevaríais a mal? Hay hom-

bres que no pueden ver en su mesa un lechón asado, otros que no resisten la vista de un gato, animal tan útil e inofensivo, y algunos que orinan, en oyendo el son de una gaita. Efectos de la antipatía que todo lo gobierna. Y

así como ninguna de estas cosas tiene razón de ser, yo tampoco la puedo

dar para seguir este pleito odioso, a no ser el odio que me inspira hasta el nombre de Antonio. ¿Os place esta respuesta?

BASANIO

No basta, cruel hebreo, para disculpar tu fiereza increíble.

SYLOCK

Ni yo pretendo darte gusto.

BASANIO

¿Y mata siempre el hombre a los seres que aborrece?

SYLOCK

¿Y quién no procura destruir lo que él odia?

BASANIO

No todo agravio provoca a tanta indignación desde luego.

SYLOK

¿Consentirás que la serpiente te muerda dos veces?

ANTONIO

Mira que estás hablando con un judío. Más fácil te fuera arengar a las

olas de la playa cuando más furiosas están, y conseguir que se calmen; o preguntar al lobo por qué devora a la oveja, y deja huérfano al cordero; o mandar callar a los robles de la selva, y conseguir que el viento no agite sus verdes ramas; en suma, mejor conseguirías cualquier imposible, que ablandar el durísimo corazón de este hebreo. No le ruegues más, no le importunes; haz que la ley se cumpla pronto, a su voluntad.

BASANIO

En vez de los tres mil ducados toma seis.

SYLOCK

Aunque dividieras cada uno de ellos en seis, no lo aceptaría. Quiero que se cumpla el trato.

DUX

¿Y quién ha de tener compasión de ti, si no la tienes de nadie?

SYLOCK

¿Y qué he de temer, si a nadie hago daño? Tantos esclavos tenéis, que

pueden servirlos como mulos, perros o asnos en los oficios más viles y groseros. Vuestros son; vuestro dinero os han costado. Si yo os dijera: dejadlos en libertad, casadlos con vuestras hijas, no les hagáis sudar bajo la carga, dadles camas tan nuevas como las vuestras y tan delicados manjares como

los que vosotros coméis, ¿no me responderíais: «son nuestros»? Pues lo mismo os respondo yo. Esa libra de carne que pido es mía, y buen dinero me ha costado. Si no me la dais, maldigo de las leyes de Venecia, y pido justicia. ¿Me la dais? ¿Sí o no?

DUX

Usando de la autoridad que tengo, podría suspender el consejo, si no esperase al Dr. Belario, famoso jurisconsulto de Pisa, a quien deseo oír en este negocio.

SALARINO

Señor: fuera aguarda un criado que acaba de llegar de Padua con cartas del doctor.

DUX

Entregádmelas, y que pase el criado.

BASANIO

¡Valor, Antonio! Te juro por mi nombre, que he de dar al judío toda mi carne, y mi sangre, y mis huesos, antes que consentir que vierta una sola gota de la sangre tuya.

ANTONIO

Soy como la res apartada en medio de un rebaño sano. La fruta podrida

es siempre la primera que cae del árbol. Dejadla caer; tú, Basanio, sigue vi-
viendo, y con eso pondrás un epitafio sobre mi sepulcro.

(Sale Nerissa, disfrazada de pasante de procontador)

DUX

¿Vienes de Padua? ¿Traes algún recado del Dr. Belario?

NERISSA

Vengo de Padua, señor. Belario os saluda.

(Le entrega la carta)

BASANIO

Sylock, ¿por qué afilas tanto tu cuchillo?

SYLOCK

Para cortar a Antonio la carne que me debe.

GRACIANO

Ningún metal, ni aun el hierro de la segur del verdugo, te iguala en du-
reza, maldecido hebreo. ¿No habrá medio de amansarte?

SYLOCK

¡Maldición sobre ti, infame perro! ¡Maldita sea la justicia que te deja vivir!
Cuando te veo, casi doy asenso a la doctrina pitagórica que enseña la
transmigración de las almas de los brutos a los hombres. Sin duda tu alma ha
sido de algún lobo, inmolado por homicida, y que desde la horca fue

volando a meterse en tu cuerpo, cuando aún estabas en las entrañas de tu
infiel madre; porque tus instintos son rapaces, crueles y sanguinarios como

los del lobo.

SYLOCK

Como no logres quitar el sello del contrato, nada conseguirás con tus destempladas voces sino ponerte ronco. Graciano, modera tus ímpetus y no pierdas la razón. Yo sólo pido justicia.

DUX

Belario en esta carta recomienda al Consejo un joven bachiller, buen letrado. ¿Dónde está?

NERISSA

Muy cerca de aquí, aguardando vuestra licencia para entrar.

DUX

Y se la doy de todo corazón. Vayan dos o tres a recibirle de la manera más respetuosa. Entre tanto, leamos de nuevo la carta de Belario: «Alteza: cuando recibí vuestra carta me hallaba gravemente enfermo, pero dio la casualidad de que, en el momento de llegar el mensajero, estaba conmigo un joven doctor de Padua llamado Baltasar. Le conté el pleito entre Antonio y el judío; repasamos pronto muchos libros; le dije mi parecer, que es el que os expondrá, rectificado por su inmenso saber, para el cual no hay elogio bastante. Él hará lo que deseáis. No os fijéis en lo mozo que es, ni creáis que por eso vale menos, pues nunca hubo en cuerpo tan juvenil tan ma-duro entendimiento. Recíbidle, pues, y más que mi recomendación, han de favorecerle sus propias acciones». Esto es lo que Belario dice. Aquí viene el Doctor, si no me equivoco. (Sale Porcia, de abogado). Dadme la mano.

¿Venís por encargo de Belario?

Porcia

Sí, poderoso señor.

DUX

Bien venido seáis. Tomad asiento. ¿Estáis enterado de la cuestión que ha de sentenciar el tribunal?

PORCIA

Perfectamente enterado. ¿Quiénes son el mercader y el judío?

DUX

Antonio y Sylock: acercaos.

PORCIA

¿Sois vos Sylock? SYLOCK

Raro litigio tenéis: extraña es vuestra demanda, y no se os puede negar, conforme a las leyes de Venecia. Corre mucho peligro vuestra víctima. ¿No es verdad?

ANTONIO

Verdad es.

PORCIA

¿Confesáis haber hecho ese trato?

ANTONIO

Lo confieso.

PORCIA

Entonces es necesario que el judío se compadezca de vos.

SYLOCK

¿Y por qué? ¿Qué obligación tengo? Decídmelo.

PORCIA

La clemencia no quiere fuerza: es como la plácida lluvia del cielo que cae sobre un campo y le fecunda; dos veces bendita porque consuela al que la da y al que la recibe. Ejerce su mayor poder entre los grandes; el signo de su autoridad en la tierra es el cetro, rayo de los monarcas. Pero aún vence al cetro la clemencia, que viva, como en su trono, en el alma de los reyes.

La clemencia es atributo divino, y el poder humano se acerca al de Dios, cuando modera con la piedad la justicia. Hebreo, ya que pides no más que justicia, piensa que si sólo justicia hubiera, no se salvaría ninguno de nosotros. Todos los días, en la oración, pedimos clemencia, pero la misma

oración nos enseña a perdonar como deseamos que nos perdonen. Te digo

esto, sólo para moverte a compasión, porque como insistas en tu demanda, no habrá más remedio, con arreglo a las leyes de Venecia, que sentenciar el pleito en favor tuyo y contra Antonio.

SYLOCK

Yo cargo con la responsabilidad de mis actos. Pido que se ejecute la ley, y que se cumpla el contrato.

PORCIA

¿No puede pagar en dinero?

BASANIO

Yo le ofrezco en nombre suyo, y duplicaré la cantidad, y aun le pagaré

diez veces, si es necesario, y daré en prenda las manos, la cabeza y hasta el corazón. Si esto no os parece bastante, será porque la malicia vence a la inocencia. Romped para este solo caso esa ley tan dura. Evitaréis un gran mal con uno pequeño, y contendréis la ferocidad de ese tigre.

PORCIA

Imposible. Ninguno puede alterar las leyes de Venecia. Sería un ejemplo funesto, una causa de ruina para el Estado.

SYLOCK

¡Es un Daniel quien nos juzga! ¡Sabio y joven juez, bendito seas!

PORCIA

Déjame examinar el contrato.

SYLOCK

Tómale, reverendísimo doctor.

PORCIA

Sylock, te ofrecen tres veces el doble de esa cantidad.

SYLOCK

¡No! ¡No!: lo he jurado, y no quiero ser perjuro, aunque se empeñe toda Venecia.

PORCIA

Ha espirado el plazo, y dentro de la ley puede el judío reclamar una libra de carne de su deudor. Ten piedad de él: recibe el triple, y déjame romper el contrato.

SYLOCK

Cuando en todas sus partes esté cumplido. Pareces juez íntegro; conoces la ley; has expuesto bien el caso; sólo te pido que con arreglo a esa ley, de la cual eres fiel intérprete, sentencies pronto. Te juro que no hay poder humano que me haga dudar ni vacilar un punto. Pido que se cumpla la escritura.

ANTONIO

Pido al tribunal que sentencie.

PORCIA

Bueno: preparad el pecho a recibir la herida.

SYLOCK

¡Oh sabio y excelente juez!

PORCIA

La ley no tiene duda ni admite excepción en cuanto a la pena.

SYLOCK

¡Cierto, cierto! ¡Oh docto y severísimo juez! ¡Cuánto más viejo eres en jurisprudencia que en años!

PORTIA

Apercibid el pecho, Antonio.

SYLOCK

Sí, sí, ese es el contrato. ¿No es verdad, sabio juez? ¿No dice que ha de ser

cerca del corazón?

PORCIA

Verdad es. ¿Tenéis una balanza para pesar la carne?

SYLOCK

Aquí la tengo.

PORCIA

Traed un cirujano que restañe las heridas, Sylock, porque corre peligro de desangrarse.

SYLOCK

¿Dice eso la escritura?

PORCIA

No entra en el contrato, pero debéis hacerlo como obra de caridad.

SYLOCK

No lo veo aquí: la escritura no lo dice.

PORCIA

¿Tenéis algo que alegar, Antonio?

ANOTONIO

Casi nada. Dispuesto esto a todo y armado de valor. Dame la mano, Basanio. Adiós, amigo. No te duelas de que he perecido por salvarte. La fortuna se ha mostrado conmigo más clemente de lo que acostumbra. Sue-

le dejar que el infeliz sobreviva a la pérdida de su fortuna y contemplar con torvos ojos su desdicha y pobreza, pero a mi me ha libertado de esa miseria.

Saluda en mi nombre a tu honrada mujer; cuéntale mi muerte; dile cuánto os quise; sé fiel a mi memoria; y cuando ella haya oído toda la historia, podrá juzgar y sentenciar si fui o no buen amigo de Basanio. No me quejo del pago de la deuda: pronto la habré satisfecho toda, si la mano del judío no tiembla.

BASANIO

Antonio, quiero más a mi mujer que a mi vida, pero no te amo a ti menos que a mi mujer y a mi alma y a cuanto existe, y juro que lo daría todo por salvarte.

PORCIA

No te había de agradecer tu esposa tal juramento, si estuviera aquí.

GRACIANO

Ciertamente que adoro a mi esposa. ¡Ojalá que estuviese en el cielo para que intercediera con algún santo que calmase la ira de ese perro!

Gracias que no te oye tu mujer, porque con tales deseos no podría haber paz en vuestra casa.

SYLOCK

¡Qué cónyuges! ¡Y son cristianos! Tengo una hija, y preferiría que se casase con ella un hijo de Barrabás antes que un cristiano. Pero estamos perdiendo el tiempo. No os detengáis: prosiga la sentencia.

PORCIA

Según la ley y la decisión del tribunal, te pertenece una libra de su carne.

SYLOCK

¡Oh juez doctísimo! ¿Has oído la sentencia, Antonio? Prepárate.

PORCIA

Un momento no más. El contrato te otorga una libra de su carne, pero ni una gota de su sangre. Toma la carne que es lo que te pertenece; pero si derramas una gota de su sangre, tus bienes serán confiscados, conforme a la ley de Venecia.

GRACIANO

¿Lo has oído, Sylock?

SYLOCK

¡Oh juez recto y bueno! ¿Eso dice la ley?

PORCIA

Tú mismo lo verás. Justicia pides, y la tendrás tan cumplida como deseas.

GRACIANO

¡Oh juez íntegro y sapientísimo!

SYLOCK

Me conformo con la oferta del triple: poned en libertad al cristiano.

BASANIO

Aquí está el dinero.

PORCIA

¡Deteneos! Tendrá el hebreo completa justicia. Se cumplirá la escritura.

GRACIANO

¡Qué juez tan prudente y recto!

PORCIA

¡Es un Daniel, es un Daniel! Al fin te hemos cogido.

PORCIA

¿Qué esperas? Cúmplase la escritura.

SYLOCK

Me iré si me dais el dinero.

BASANIO

Aquí está.

PORCIA

Cuando estabas en el tribunal, no quisiste aceptarlo. Ahora tiene que cumplirse la escritura.

GRACIANO

¡Es otro Daniel, otro Daniel! Frase tuya felicísima, Sylock.

SYLOCK

¿No me daréis ni el capital?

PORCIA

Te daremos lo que te otorga el contrato. Cóbralo, si te atreves, judío.

SYLOCK

¡Pues que se quede con todo, y el diablo le lleve! Adiós.

PORCIA

Espera, judío. Aun así te alcanzan las leyes. Si algún extraño atenta por medios directos o indirectos contra la vida de un súbdito veneciano, éste tiene derecho a la mitad de los bienes del reo, y el Estado a la otra media. El Dux decidirá de su vida. Es así que tú directa e indirectamente has atentado contra la existencia de Antonio; luego la ley te coge de medio a medio.

Póstrate a las plantas del Dux, y pídele perdón.

GRACIANO

Y suplícale que te conceda la merced de que te ahorques por tu mano; aunque estando confiscados tus bienes, no te habrá quedado con que comprar una cuerda, y tendrá que ahorcarte el pueblo a su costa.

EL DUX

Te concede la vida, Sylock, aun antes que me la pidas, para que veas cuánto nos diferenciamos de ti. En cuanto a tu hacienda, la mitad pertenece a Antonio y la otra mitad al Estado, pero quizá puedas condonarla mediante el pago de

PORCIA

La parte del Estado, no la de Antonio.

SYlock

¿Y para qué quiero la vida? ¿Cómo he de vivir? Me dejáis la case, quitándome los puntales que la sostienen.

PORCIA

¿Qué puedes hacer por él, Antonio?

GRACIANO

Regálale una soga, y baste.

ANTONIO

Si el Dux y el tribunal le dispensan del pago de la mitad de su fortuna al Erario, yo le perdono la otra media, con dos condiciones: la primera, que abjure sus errores y se haga cristiano; la segunda, que por una escritura firmada en esta misma audiencia instituya herederos de todo a su hija y a su yerno Lorenzo.

DUX

Juro que así lo haré, o, si no, revocaré el poder que le he concedido.

PORCIA

¿Aceptas, judío? ¿Estás satisfecho?

SYLOCK

Estoy satisfecho y acepto.

PORCIA

Hágase, pues, la donación en forma.

SYLOCK

Yo me voy, si me lo permitís, porque estoy enfermo. Enviadme el acta, y yo la firmaré.

DUX

Vete, pero lo harás.

GRACIANO

Tendrás dos padrinos, cuando te bautices. Si yo fuera juez, habías de tener diez más, para que te llevasen a la horca y no al bautismo.

(Se va Sylock)

DUX (A Porcia). Os convido con mi mesa.

PORCIA

Perdone V. A., pero hoy mismo tengo que ir a Padua, y no me es lícito detenerme.

DUX

¡Lástima que os detengáis tan poco tiempo! Antonio, haz algún obsequio al forastero que, a mí entender, algo merece.

(Vase al Dux, y con él los Senadores)

BASANIO

Digno y noble caballero, gracias a vuestra agudeza y buen entendimiento, nos vemos hoy libres mi amigo y yo de una calamidad gravísima.

En pago de tal servicio, os ofrecemos los 3.000 ducados que debíamos al

judío.

ANTONIO

Y será eterno nuestro agradecimiento en obras y en palabras.

PORCIA

Bastante paga es para mí el haberos salvado. Nunca fue el interés norte de mis acciones. Si alguna vez nos encontramos, reconocedme: no os pido más. Adiós.

BASANIO

Yo no puedo menos de insistir, hidalgo. Admitid un presente, un recuerdo, no como paga. No rechazéis nuestras ofertas. Perdón.

PORCIA

Necesario es que ceda. (A Antonio). Llevaré por memoria vuestros guantes. (A Basanio). Y en prenda de cariño vuestra sortija. No apartéis la mano: es un favor que no podéis negarme.

BASANIO

¡Pero si esa sortija nada vale! Vergüenza tendría de dárosla.

PORCIA

Por lo mismo la quiero, y nada más aceptaré. Tengo capricho de poseerla.

BASANIO

Vale mucho más de lo que ha costado. Os daré otra sortija, la de más

precio que haya en Venecia. Echaré público pregón para encontrarla. Pero ésta no puede ser. . perdonadme.

PORCIA

Sois largo en las promesas, caballero. Primero me enseñasteis a mendigar, y ahora me enseñáis cómo se responde a un mendigo.

BASANIO

Pretexto fútil, que sirve a muchos para negar lo que se les pide. Aunque vuestra mujer fuera loca, me parece imposible que eternamente le durara el enojo por un anillo, mucho mas sabiendo la ocasión de este regalo. Adiós.

(Se van Porcia y Nerissa)

ANTONIO

Basanio, dale el anillo, que tanto como la promesa hecha a tu mujer valen mi amistad y el servicio que nos ha prestado.

BASANIO

Corre, Graciano, alcánzale, dale esta sortija, y si puedes, llévale a casa de Antonio. No te detengas. (Vase Graciano). Dirijámonos hacia tu casa, y mañana al amanecer volaremos a Belmonte. En marcha, Antonio.

ESCENA II

Una calle de Venecia

PORCIA Y NERISSA

PORCIA

Averigua la casa del judío, y hazle firmar en seguida esta acta. Esta noche nos vamos, y llegaremos así un día antes que nuestros maridos. ¡Cuán-to me

agradecerá Lorenzo la escritura que le llevo!

GRACIANO

Grande ha sido mi fortuna en alcanzaros. Al fin, después de haberlo

pensado bien, mi amo el señor Basanio os manda esta sortija, y os convida a comer hoy.

PORCIA

No es posible. Pero acepto con gusto la sortija. Decídselo así, y enseñad a este criado mío la casa de Sylock.

GRACIANO

Así lo haré.

Nerissa Señor, oídme un instante. (A Porcia). Quiero ver si mi esposo me da el anillo que juró conservar siempre.

PORCIA

De seguro lo conseguirás. Luego nos harán mil juramentos de que a hombres y no a mujeres entregaron sus anillos, pero nosotras les desmentiremos, y si juran, juraremos más que ellos. No te detengas, te espero donde sabes.

NERISSA

Ven, mancebo, enséñame la casa.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Alameda que conduce a la casa de campo de Porcia en Belmonte

(Sale Lorenzo y Jéssica)

LORENZO

¡Qué hermosa y despejada brilla la luna! Sin duda en una noche como esta en que el céfiro besaba mansamente las hojas de los árboles, escaló el amante Troilo las murallas de Troya, volando su alma hacia las tiendas griegas donde aquella noche reposaba Créssida.

JÉSSICA

Y, en otra noche como ésta, Tisbe, con temerosos pasos fue marchando sobre la mojada yerba, y viendo la espantosa sombra del león, se quedó aterrada.

LORENZO

Y en otra noche como esta, la reina Dido, armada su diestra con una vara de sauce, bajó a la ribera del mar, y llamó hacia Cartago al fugitivo Eneas.

JÉSSICA

En otra noche así, fue cogiendo Medea las mágicas yerbas con que rejuveneció al viejo Esón.

LORENZO

Y en otra noche por el mismo estilo, abandonó Jéssica la casa del rico judío de Venecia, y con su amante huyó a Belmonte.

JÉSSICA

En aquella noche juró Lorenzo que la amaba con amor constante, y la engañó con mil falsos juramentos.

LORENZO

En aquella noche, Jéssica, tan pérfida como hermosa, ofendió a su amante, y él le perdonó la ofensa.

JÉSSICA

No me vencerías en esta contienda, si estuviéramos solos, pero viene gente.

(Sale Estéfano)

LORENZO

¿Quién viene en el silencio de la noche?

ESTÉFANO

Un amigo.

LORENZO

Soy Estéfano. Vengo a deciros que, antes que apunte el alba, llegará mi señora a Belmonte. Ha venido arrodillándose y haciendo oración al pie de cada cruz que hallaba en el camino, para que fuese feliz su vida conyugal.

LORENZO

¿Quién viene con ella?

ESTÉFANO

Un venerable ermitaño y su doncella. Dime, ¿ha vuelto el amo?

LORENZO

Todavía no, ni hay noticia suya. Vamos a casa, amigo, a hacer los preparativos para recibir al ama como ella merece.

(Sale Lanzarote)

LANZAROTE

¡Hola, ea!

LORENCO

¿Quién?

LANZAROTE

¿Habéis visto a Lorenzo o a la mujer de Lorenzo?

LORENZO

No grites. Aquí estamos.

LANZAROTE

¿Dónde?

LORENZO

Aquí.

LANZAROTE

Decidle que aquí viene un nuncio de su amo, cargado de buenas noti-

cias. Mi amo llegará al amanecer.

(Se va)

LORENZO

Vamos a casa, amada mía, a esperarlos. ¿Pero ya para qué es entrar?

Estéfano, te suplico que vayas a anunciar la venida del ama, y mandes a los músicos salir al jardín. (Se va Estéfano). ¡Qué mansamente resbalan los rayos de la luna sobre el césped! Recostémonos en él: prestemos atento oído a esa música suavísima, compañera de la soledad y del silencio. Siéntate,

Jéssica: mira la bóveda celeste tachonada de astros de oro. Ni aun el más pequeño deja de imitar en su armonioso movimiento el canto de los ángeles, uniendo su voz al coro de los querubines. Tal es la armonía de los seres inmortales; pero mientras nuestro espíritu está preso en esta oscura cárcel, no la entiende ni percibe. (Salen los músicos). Tañed las cuerdas, despertad a Diana con un himno, halagad los oídos de vuestra señora y conducidla a su casa entre música.

JÉSSICA

Nunca me alegran los sonos de la música.

LORENZO

Es porque se conmueve tu alma. Mira en el campo una manada de ale-

gres novillos o de ardientes y cerriles potros: míralos correr, agitarse, mu-gir, relinchar. Pero en llegando a sus oídos son de clarín o ecos de música, míralos inmóviles, mostrando dulzura en sus miradas, como rendidos y

dominados por la armonía. Por eso dicen los poetas que el tracio Orfeo arrastraba en pos de sí árboles, ríos y fieras: porque nada hay tan duro, feroz y selvático que resista el poder de la música. El hombre que no siente ningún género de armonía, es capaz de todo engaño y alevosía, fraude y rapiña; los

instintos de su alma son tan oscuros como la noche, tan lóbregos como el Tártaro. ¡Ay de quien se fie de él! Oye, Jéssica.

(Salen Porcia y Nerissa)

PORCIA

En mi sala hay luz. ¡Cuán lejos llegan sus rayos! Así es el resplandor de una obra buena en este perverso mundo.

NERISSA

No hemos visto la luz, al brillar los rayos de la luna.

PORCIA

Así oscurece a una gloria menor, otra más resplandeciente. Así brilla el ministro hasta que aparece el monarca, pero entonces desaparece su pom-pa, como se pierde en el mar un arroyo. ¿No oyes música?

NERISSA

Debe de ser en tu puerta.

PORCIA

Suena aún más agradable que de día.

NERISSA

Efecto del silencio, señora.

PORCIA

El cantar del cuervo es tan dulce como el de la alondra, cuando no atendemos a ninguno de los dos, y de seguro que si el ruiseñor cantara de día.

Cuando graznan los patos, nadie la tendría por tan buen cantor. ¡Cuánta

perfección tienen las cosas hechas a tiempo! ¡Silencio! Duerme Diana en brazos de Endimión, y no tolera que nadie turbe su sueño.

(Calla la música)

Es voz de Porcia, o me equivoco mucho.

PORCIA

Me conoce como conoce el ciego al cuco: en la voz.

LORENZO

Señora mía, bien venida seáis a esta casa.

PORCIA

Hemos rezado mucho por la salud de nuestros maridos. Esperamos que logren buena fortuna gracias a nuestras oraciones. ¿Han vuelto?

LORENZO

Todavía no, pero delante de ellos vino un criado a anunciar su venida.

PORCIA

Nerissa, vete y di a los criados que no cuenten nada de nuestra ausencia.

Vosotros haced lo mismo, por favor.

LORENZO

¿No oís el son de una trompa de caza? Vuestro esposo se acerca. Fiad en nuestra discreción, señora.

PORCIA

Esta noche me parece un día enfermo: está pálida: parece un día anubarrado.

(Salen Basanio, Antonio, Graciano y acompañamiento) Basanio

Si amanecierais vos, cuando él se ausenta, sería de día aquí al mismo tiempo que en el hemisferio contrario.

PORCIA1

¡Dios nos ayude! ¡Bien venido seáis a esta casa, señor mío!

BASANIO

Gracias, señora. Esa bienvenida dádsela a mi amigo. Éste es aquel Antonio a quien tanto debo.

PORCIA

1 Suprimo un juego de palabras intraducible.

Grande debe ser la deuda, pues si no he entendido mal, por vos se vio en gran peligro.

ANTONIO

Por grande que fuera, está bien pagada.

PORCIA (A Nerissa).

Te juro por la luna, que no tienes razón y que me agravias. Ese anillo

se lo di a un pasante de letrado. ¡Muerto le viera yo, si hubiera sabido que tanto lo sentirías, amor mío!

PORCIA

¿Qué cuestión es esa?

GRACIANO

Todo es por un anillo, un mal anillo de oro que ella me dio, con sus letras grabadas que decían: «Nunca olvides mi amor».

NERISSA

No se trata del valor del anillo, ni de la inscripción, sino que cuando te lo di, me juraste conservarlo hasta tu muerte y llevarlo contigo al sepulcro. Y ya que no fuera por amor mío, a lo menos por los juramentos y ponderaciones que hiciste, debías haberlo guardado como un tesoro. Dices que lo diste al pasante de un letrado. Bien sabe Dios que a ese pasante nunca le saldrán las barbas.

GRACIANO

Sí que le saldrán, si llega a ser hombre y a tenerlas. Con esta mano se le di. Era un rapazuelo, sin boto, tan bajo como tú, pasante de un abogado, grande hablador. Me pidió el anillo en pago de un favor que me había hecho, y no supe negárselo.

PORCIA

Pues hiciste muy mal (si he de decirte la verdad) en entregar tan pronto el primer regalo de tu esposa, que ella colocó en tu dedo con tantos juramentos y promesas. Yo di otro anillo a mi esposo, y le hice jurar que nunca le perdería ni entregaría a nadie. Estoy segura que no lo hará ni por todo el oro del mundo. Graciano, mucha razón tiene tu mujer para estar enojada contigo. Yo me volvería loca.

BASANIO

¿Qué podré hacer? ¿Cortarme la mano izquierda y decir que perdí el

anillo defendiéndome?

GRACIANO

Pues también a mi amo Basanio le pidió su anillo el juez, y él se lo dio.

Luego, el pasante, que nos había servido bien en su oficio, me pidió el mío, y yo no supe cómo negárselo, porque ni el señor ni el criado quisieron recibir más galardón que los dos anillos.

PORCIA

¿Y tú qué anillo le diste, Basanio? Creo que no sería el que yo te entregué.

BASANIO

Si yo tuviera malicia bastante para acrecentar mi pecado con la mentira, te lo negaría, Porcia. Pero ya ves, mi dedo está vacío. He perdido el anillo.

No: lo que tienes vacía de verdad es el alma. Y juro a Dios que no he de ocupar tu lecho, hasta que me muestres el anillo.

NERISSA

Ni yo el de éste, hasta que me presente el suyo.

BASANIO

Amada Porcia, si supieras a quién se lo di, y por qué, y con cuánto dolor de mi alma, y sólo porque no quiso recibir otra cosa que el anillo, tendrías lástima de mí.

PORCIA

Y si tú supieras las virtudes de ese anillo, o el valor de quién te lo dio, o lo que te importaba conservarle, nunca le hubieras dado. ¿Por qué había de haber hombre tan loco, que defendiéndolo tú con alguna insistencia, se empeñara en arrebatarte un don tanpreciado? Bien dice Nerissa: ella está en

lo cierto; sin duda diste el anillo a alguna dama.

BASANIO

¡No, señora! lo juro por mi honor, por mi alma, se lo di a un doctor en derecho que no quería aceptar 3.000 ducados, y que me pidió el anillo. Se lo negué bien a pesar mío, porque se fue desairado el hombre que había salvado la vida de mi mejor amigo. ¿Y qué he de añadir, amada Porcia? Tuve que dárselo: la gratitud y la cortesía me mandaban hacerlo. Perdóname, señora; si tú misma hubieras estado allí (pongo por testigos a estos lucientes astros de la noche), me hubieras pedido el anillo para dárselo al juez.

PORCIA

¡Nunca se acerque él a mi casa! Ya que tiene la prenda que yo más quería, y que me juraste por mi amor guardar eternamente, seré tan liberal como tú: no le negaré nada, ni siquiera mi persona ni tu lecho. De seguro que le conoceré. Ten cuidado de dormir todas las noches en casa, y de velar como Argos, porque si no, si me dejas sola, te prometo por mi honra (pues todavía la conservo) que he de dormir con ese abogado.

NERISSA

Y yo con el pasante. ¡Conque, ojo!

GRACIANO

Bueno, haz lo que quieras, pero si cojo al pasante, he de cortarle la pluma.

ANTONIO

Por mí son todas estas infaustas reyertas.

PORCIA

No os alarméis, pues a pesar de todo, seréis bien recibido.

BASANIO

Perdón, Porcia, si te he ofendido, y aquí, delante de estos amigos, te juro por la luz de esos divinos ojos en que me miro. .

¡Fijaos bien! Dice que se mira en sus ojos, que ve un Basanio en cada uno de ellos. Juras por la doblez de tu alma, y juras con verdad.

BASANIO

¡Perdóname, por Dios! Te juro que en mi vida volveré a faltar a ninguna palabra que te dé.

ANTONIO

Una vez empeñé mi cuerpo en servicio suyo, y hubiera yo perdido la vida, a no ser por el ingenio de aquel hombre a quien vuestro marido galardónó con el anillo. Yo empeño de nuevo mi palabra de que Basanio no volverá a faltar a sus promesas, a lo menos a sabiendas.

PORCIA

Está bien. Saldréis por fiador suyo. Dadle la joya, y pedidle que la tenga en más estima que la primera.

ANTONIO

Toma, Basanio, y jura que nunca dejarás este anillo.

BASANIO

¡Dios santo! ¡El mismo que di al juez!

PORCIA

Él me lo entregó. ¡Perdón, Basanio! Yo le concedí favores por ese anillo.

NERISSA

¡Perdón, Graciano! El rapazuelo del pasante me gozó ayer, en pago de este anillo.

GRACIANO

Esto es como allanar las sendas en verano. ¿Ya tenemos cuernos, sin merecerlos?

PORCIA

No decís mal. Pero voy a sacaros de la duda. Leed esta carta cuando queráis. En ella veréis que el letrado fue Porcia y el pasante Nerissa. Lorenzo podrá dar testimonio de que apenas habíais pasado el umbral de

esta casa, salí yo, y que he vuelto ahora mismo. Bien venido seas, Antonio.

Tengo buenas nuevas para ti. Lee esta carta. Por ella sabrás que tres de tus barcos, cargados de mercaderías, han llegado a puerto seguro. No he de decirte por qué raros caminos ha llegado a mis manos esta carta.

ANTONIO

No sé qué decir.

BASANIO

¿Tú, señora, fuiste el letrado, y yo no te conocía?

GRACIANO

Sí, pero un pasante que no piensa engalanar tu frente, mientras fuere tu mujer.

BASANIO

Amado doctor, partiréis mi lecho, y cuando yo falte de casa, podréis dormir con mi mujer.

ANTONIO

Bellísima dama, me habéis devuelto la salud y la fortuna. Esta carta me dice que mis bajeles han llegado a puerto de salvación.

PORCIA

Y para ti, Lorenzo, también tiene alguna buena noticia mi pasante.

NERISSA

Y se la daré sin interés. Toma esta escritura. Por ella os hace donación el judío de toda su hacienda, para cuando el fallezca.

LORENZO

Tus palabras, señora, son como el maná para los cansados israelitas.

PORCIA

Ya despunta el alba, y estoy segura de que todavía no os satisface lo

que acabo de deciros. Entrémonos en casa y os responderé a cuanto me preguntéis.

GRACIANO

Sea. Y lo primero a que me ha de responder Nerissa, es si quiere más acostarse ahora o esperar a la noche siguiente, puesto que ya está tan cercana la aurora. Si fuera de día, yo sería el primero en desear que apareciese la estrella de la tarde, para acostarme con el pasante del letrado. Lo juro por mi honor: mientras viva, no perderé el anillo de Nerissa.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web